

San José, Costa Rica

1925

Lunes 16 de Febrero

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: *La juventud de América*, por Luis Araquistain.—*Dos cartas de Haya de la Torre*.—*La Doctrina de Monroe desde un punto de vista subjetivo*, por Rogelio Sotela.—*Dietario en Zig-Zag*, por Ramón Vinyes.—*El libro primero de los humildes*, por A. H. Pallais.—*Difusión de la cultura de Oriente en la América española*.—*Cómo haría yo un diario a los costarricenses*, por J. García Monge.—*Comentarios fugaces*, por El Pasajero.—*Cipriano Castro*.—*El ayuno de Mahama Gandhi*, por César Falcon.—*La muerte de Cipriano Castro*, por José Vasconcelos.—*El Instituto Internacional en Madrid*, por Sancho Quijano.—*Carta a los intelectuales de Chile*, por A. Torres Rioseca.

HISPANISMO

La juventud de América

La Federación Universitaria Hispanoamericana ha dirigido al Presidente de la República del Perú la siguiente carta:

14 de noviembre de 1924.

Excelentísimo Sr. Presidente de la República del Perú:
Excmo. Sr.:

La Junta General de la Federación Universitaria Hispanoamericana, entidad constituida por todos los estudiantes de las Repúblicas hispanoamericanas que laboramos en las Universidades españolas, ha tomado unánimemente el acuerdo de dirigirse con el mayor respeto a V. E. para pedirle, con motivo del Centenario de Ayacucho, levante el destierro a los estudiantes peruanos que por motivos políticos lo sufren.

Si las fiestas conmemorativas de Ayacucho han de ser las de la libertad, y si en ellas han de tomar participación todos los hispanoamericanos, y particularmente todos los peruanos, que no falten, Excelentísimo señor, estos hermanos de nuestra juventud que aman a su patria con el ardor con que todos sabemos amar a la nuestra.

A la benevolencia de V. E. confiamos nuestra súplica cordial, seguros de que por vuestra parte ningún peruano dejará el Sol del Centenario de Ayacucho, el Sol de nuestras libertades.

Hacemos presente a V. E. nuestro mayor respeto y consideración. Federación Universitaria Hispanoamericana. Madrid.—El Presidente, CÉSAR A. NAVEDA; el Secretario General, RAÚL CARRANCÁ TRUJILLO; el Vicesecretario del Exterior, VICTORINO JIMÉNEZ NÚÑEZ.

La Federación Universitaria Hispanoamericana ha dirigido al Secretario de Instrucción Pública de Méjico la siguiente carta:

«Ciudadano Secretario de Estado y del Despacho de Instrucción Pública, don José Vasconcelos.—Méjico.

Esta Federación ha visto con singular complacencia la obra, por fin realizada por usted en esa capital, y por la primera vez en nuestra América española, de reunir una espléndida Biblioteca Hispanoamericana, con diez mil volúmenes y las banderas de todas nuestras Repúblicas,

al mismo tiempo que recuerdos personales, retratos, etc., de los héroes máximos de nuestra Historia.

La obra de usted, ciudadano Secretario de Instrucción Pública, es para todos nosotros, los estudiantes hispanoamericanos que residimos en España, y que constituimos esta Federación, un altísimo ejemplo a imitar, ejemplo de cómo se labora, en medio de las tormentas y cuando apenas amanece para un gran pueblo, por la unidad espiritual de una raza, por los destinos de la América hispánica y por el brillo de su inconfundible personalidad.

En nuestra modesta esfera de acción, nosotros procuraremos dar a conocer en Europa, y particularmente en esta otra patria nuestra, España, la obra generosa de usted, que prueba que no sólo de los salteadores mexicanos debe ocuparse la opinión civilizada del Viejo Mundo.

Por unánime acuerdo de la Junta General, me honro en comunicarlo a usted con las protestas de mi mayor consideración.

Madrid, 24 de noviembre de 1924.—Federación Universitaria Hispanoamericana.—El Presidente, CÉSAR A. NAVEDA; el Secretario General, RAÚL CARRANCÁ TRUJILLO; el Vicesecretario del Exterior, VICTORINO JIMÉNEZ NÚÑEZ.»

EL atento lector habrá visto en *El Sol* del 26 de noviembre una petición dirigida por la Federación Universitaria Hispanoamericana al Presidente de la República del Perú. Antes de comentarla, conviene decir algo sobre esa organización de estudiantes hispanoamericanos. Con frecuencia aparecen en la Prensa española noticias sobre actos de la Federación Universitaria Hispanoamericana. En el mismo número de *El Sol* hay otra carta suya destinada a don José Vasconcelos, el gran hombre público de México, felicitándole por haber reunido una biblioteca pública hispanoamericana de diez mil volúmenes, con documentos y recuerdos personales de los hombres más eminentes de la historia de América. Con esto se quiere señalar que la Federación Universitaria Hispanoamericana, dirigida por estudiantes de América que asisten a nuestras universidades—tengo los Estatutos a la vista—, con un ardoroso entusiasmo que nace,

sin duda, de una doble juventud, la suya individual y la del continente a que pertenecen, es algo más que un Club estudiantil para jugar al tute. Es tal vez el órgano más eficaz y rico en gérmenes culturales con que cuenta hoy la idea hispánica.

Algunas palabras más aún. La Federación Universitaria Hispanoamericana, circunscribiéndose a cuestiones específicas de enseñanza, tiene en estudio algunas de extraordinario valor para el acercamiento espiritual de España y América. Entre otras, se propone solicitar de todos los Estados hispanoamericanos que en sus escuelas y universidades se enseñe la lengua española, la geografía americana y la historia común a América y España según textos uniformes. Si esto se lograra, no hay duda que desaparecerían muchos prejuicios y errores históricos, que se colaboraría a la conservación del idioma común y que se iría formando en las juventudes hispanoamericanas una espiritualidad homogénea. También proyectan pedir que los títulos de competencia en ciertas disciplinas científicas universales, como la Medicina, o en determinadas especialidades nacidas de la cultura grecorromana, como la historia general del Derecho, de la Filosofía, etc., sean válidos para todos los países de lenguas hispánicas (española y portuguesa).

Pero para plantear y definir todos estos grandes problemas de aproximación por la cultura quieren previamente convocar a un Congreso de estudiantes hispanoamericanos (de España y de todas las Repúblicas hispánicas) en Madrid, antes de que Francia se nos anticipe con otro Congreso de estudiantes *latinoamericanos*, y ya se sabe lo que esta engañosa palabra representa. Mal harían los poderes públicos de aquí y de allá, de éste y del otro lado del Atlántico, en no acoger los tenaces esfuerzos de la Federación Universitaria Hispanoamericana con la calurosa simpatía y la práctica eficiencia de que son merecedores. La antorcha del hispanismo está ahora en manos de la juventud universitaria. Sería trágico que nuestra indiferencia, el reverso de la incompreensión, la dejase apagar, tal vez para siempre.

Y ahora vengamos a la petición hecha al Presidente del Perú. La Federación Universitaria Hispanoamericana solicita del señor Leguía que «con motivo del centenario de Ayacucho, levante el destierro a los estudiantes peruanos que por motivos políticos lo sufren. Si las fiestas conmemorativas de Ayacucho han de ser las de la libertad, y si en ellas han de tomar participación todos los hispanoamericanos y particularmente todos los peruanos, que no falten, excelentísimo señor, estos hermanos nuestros de juventud que aman a su patria con el ardor con que todos sabemos amar a la nuestra». En este mismo noble espíritu se inspiró, sin duda, *El Sol* cuando, semanas atrás, fué el primero de los periódicos españoles en pedir al Gobierno del Perú que devolviese la libertad o el derecho de repatriación a cuantos peruanos están privados de ellos por motivos políticos. (1) Esa sería la conmemoración más digna y consonante con el sentido de la batalla de Ayacucho.

Poco a poco se ha ido depurando la significación ideal de las guerras de la independencia americana. El concepto de guerras contra un invasor extranjero,

que era España, fué evolucionando a un concepto de guerras civiles, o sea de guerras sostenidas entre hombres de la misma formación histórica. Pero tampoco este concepto es aún bastante preciso, porque una guerra civil se define por el parentesco histórico de los beligerantes, sin que en su característica entre ninguna distinción de finalidad. Una guerra civil pueden provocarla pretendientes rivales al Poder, antagónicos en sus ambiciones, pero idénticos en cuanto a su carencia de todo ideal político. No fueron de ese linaje las guerras americanas de la independencia; por eso la calificación de civiles es todavía demasiado elástica. En todo caso, habría que definir las como guerras civiles revolucionarias o simplemente revolucionarias, porque en ellas combatían de un lado los ideales de libertad y democracia, que triunfaron con la Revolución francesa y antes con la Constitución de los Estados Unidos, y de otro el autoritarismo histórico.

En Ayacucho no vencen los americanos a los españoles, sino unos españoles o descendientes de españoles que profesaban las nuevas ideas políticas de democracia y libertad a otros españoles que defendían el absolutismo de Fernando VII. Los propiamente americanos, los indios, combatieron casi siempre junto a la autocracia, en una función parecida a las tropas coloniales de algunos Estados europeos del día. La independencia de la América hispánica fué, sobre todo, una revolución política, como la independencia de los Estados Unidos. Y en Ayacucho, con la derrota del absolutismo, culminó ese proceso revolucionario.

Pero una revolución no se hace en un momento, y menos podía hacerse así la de América por la enorme extensión territorial en que operaba y por la gran cantidad de países que intervenía. Los pueblos americanos continúan su revolución por la libertad y la democracia; en unos ha triunfado definitivamente; en otros se ha impuesto de momento la contrarrevolución, la autocracia, como en Venezuela. Todavía hay muchos Ayacuchos que ganar. ¿Cree el señor Leguía, Presidente del Perú, que ya está ganado del todo en la República que rige? ¡Ojalá! Pero la carta de la Federación Universitaria Hispanoamericana es harto elocuente y nada sospechosa. Atiéndala y tejerá la mejor corona del centenario. Que la mayor parte de América, ya que no toda, pueda celebrarlo sin escarnio para los vencedores de aquella revolución.

LUIS ARAQUISTAIN

(*El Sol*, Madrid).



(1) Véase el editorial *A lo que obliga Ayacucho*, REPERTORIO AMERICANO No. 14 del tomo en curso.

Dos cartas de Haya de la Torre

(De *Bases*, periódico universitario de La Plata, República Argentina)

A los obreros, estudiantes y campesinos del Perú que son colaboradores o simpatizantes de las Universidades Populares GONZALEZ PRADA.

Londres, Octubre de 1924

COMPAÑEROS:

DE nuevo—con motivo del Centenario de la Batalla de Ayacucho—se pretenderá distraer a nuestro pueblo de sus dolores con fiestas aparatosas y griterías patrioterías. Como en 1921 desfilarán ante los ojos atónitos de los inocentes, embajadas vestidas de colores y soldados o marineros de ejércitos y flotas extranjeras. Se hará creer al pueblo que el mundo entero nos saluda y nos felicita por nuestra bienaventurada libertad de cien años y por la «santa» tiranía que hoy nos domina.

Nosotros, los que constituimos la vanguardia del proletariado, los que luchamos juntos por la formación de una honda conciencia de clase, tenemos el deber de decir al pueblo la verdad, de romper la venda que cubre sus ojos y de revelarle,—justamente en estos momentos de algazara inocente—, toda la falsedad ignominiosa de esas teatrales festividades.

Nosotros debemos decir al pueblo que el significado de «Libertad» que se quiere dar al centenario de la Batalla de Ayacucho, resulta un cruel sarcasmo, porque si nos libramos del dominio político español ha sido para entregarnos a la conquista económica yanqui, si destrozamos el látigo del Virrey ha sido para recibir más sumisamente las azotainas de nuestros tiranos.

Después de la Batalla de Ayacucho, la historia nacional es sólo un cúmulo de indignidades. El Perú republicano, como el Perú colonial, ha vivido bajo el sometimiento más oprobioso, bajo la explotación más cínica de todas aquellas castas de caudillos y policastros que han usufructuado de los presupuestos fiscales durante un siglo. Los apellidos de las *grandes familias* se repiten constantemente en nuestra historia política. Hemos soportado una verdadera dinastía gubernamental y todos sabemos que de cada cien fortunas, noventa y cinco son de origen fiscal, en el Perú.

Al cumplirse los cien años de la Batalla de Ayacucho, no debemos entregarnos a entusiasmos histéricos o a musulmana indiferencia sin habernos detenido en una minuciosa revisión de nuestra historia. ¿Hemos vivido verdaderamente una vida libre? ¿Constituimos realmente una República? ¿Al cabo de cien años hay en el Perú una democracia efectiva? ¿Cuáles son las condiciones económicas del país? ¿Cuáles son las condiciones de vida del pueblo? ¿Cuáles son las condiciones del indio? ¿Cuál es el grado de nuestra cultura popular? ¿Tenemos una historia política limpia?

A todas estas preguntas el pueblo, sólo el pueblo podrá responder mirándose a sí mismo. Cuando se le hable de libertad, vuelva los ojos a las prisiones, a los destierros, a los atropellos diarios de la fuerza;

cuando se le hable de República, piense en las desigualdades, en los favoritismos, en las castas opresoras, en los Presidentes que se reeligen; cuando se le hable de democracia, recuerde cómo se hacen las elecciones, cómo triunfan los diputados y senadores, cómo son nuestros partidos y si alguna vez un trabajador puede llegar a las Cámaras; cuando se le hable de nuestras condiciones económicas, no olvide que el Estado se halla ahogado por deudas enormes; que ha empeñado los ingresos de correos, aduana, etc.; que ha entregado a los yanquis petróleo, minas a los ingleses, ferrocarriles, huano, en fin, toda nuestra riqueza; cuando se pregunte por las condiciones de vida del pueblo, no olvide aquellas casas insalubres, aquel desaseo de ciudades y pueblos, la carestía de los víveres, los impuestos sobre fósforos, azúcar, tabaco, etc., y no olvide que tenemos millones de enfermos, de alcohólicos, de agotados, sin esperanza de salvación; cuando se hable del indio, ¿qué no podrá decir de esas víctimas de nuestro feudalismo? Esclavos sin derecho a la vida, animalizados por la explotación, viven y mueren sin un solo halago, y cada vez que protestan la metralla los diezma; cuando se le hable de nuestra cultura popular, respondamos con una cifra: cuatro millones de analfabetas; y cuando se pregunte por nuestra historia política, ya sabemos cómo definirla en tres palabras: negocio, traición, servilismo.

El pueblo, el trabajador de la ciudad y el campo, no pueden sentir la felicidad que proclamarán durante las próximas fiestas. Felicidad para los ricos, para los poderosos, para los que oprimen y explotan; pero dolor, angustia, infierno para el obrero, para el que suda sangre sin descanso, a beneficio de los que él enriquece con su trabajo. Así celebramos el Centenario de la Batalla de Ayacucho.

COMPAÑEROS:

La celebración del Centenario de Ayacucho se hará con el dinero del pueblo, con el dinero que paga el pobre todos los días en impuestos, contribuciones y multas. Sin embargo, esa celebración tendrá por objeto engañar al pueblo mismo. Se invocará el patriotismo, porque esa es la canción que adormece y sugiere a las masas; pero nosotros debemos lanzar con esta oportunidad una vigorosa imprecación contra la clase que oprime, contra la tiranía que mata y contra el imperialismo capitalista yanqui que maneja a los Gobiernos, apoya las represiones y aplaude los atropellos, porque todos los abusos favorecen la ferocidad de su explotación.

Debemos comprender que nuestra libertad política es una mentira porque soportamos el despotismo burgués-clerical más oprobioso; debemos ver claro que nuestra libertad económica como colectividad y como individuos es un mito. Estamos hipotecados al capitalismo yanqui, estamos hundidos en un mar de deudas y cada hombre, cada trabajador, paga con su trabajo algo de esa gran deuda. Esto todos lo comprendéis: ¿quién es el deudor? El Estado. ¿Quién

forma las fuerzas económicas del Estado? El Pueblo.

Luego si el Estado debe, el Pueblo paga.

Y esa es nuestra situación: Gobiernos que despilfarran, que roban, que hacen fortunas particulares con los dineros del Estado y que realizan préstamos inmensos, después, para que el pueblo los pague.

En plena crisis económica, con nuestras riquezas productivas hipotecadas al yanqui, con una tiranía de explotadores, y clérigos sobre nuestros hombros, así llegamos a la celebración del Centenario de Ayacucho.

Mientras tanto, en los campos de Sicuani, de Ayacucho, de Azangaro, se ha regado la sangre de centenares de indios, en los dos últimos años; en Chicama, en Huacho, en Lima, en Vitarto, Ica, los obreros han pagado con su vida el delito de protestar de su esclavitud. Sangre de proletarios, de estudiantes, de campesinos, persecuciones, destierros, cárceles, he ahí el homenaje de recuerdo que nosotros podemos ofrecer en la próxima algarabía chauvinista.

Pero no debemos olvidar, los que tenemos una conciencia de nuestra responsabilidad ante el pueblo, que nuestro deber es renunciar a los que nos engañan, a los que nos roban y a los que nos venden, en los mismos momentos en que con fiestas y espectáculos, con «pan y circo» tratan de arrancar de nuestra memoria la realidad cruel de una esclavitud completa.

HAYA DE LA TORRE

A Rabindranath Tagore con motivo de su visita al Perú

Oriejubo, (Rusia) 27 de Agosto de 1924.

LAMENTO mucho que el estado de mi salud no me permita aceptar por ahora la invitación de M. Romain Rolland para ir a Suiza y tener el honor de saludar a usted antes de su partida para América del Sud. Los médicos me han ordenado salir a un sanatorio de Brides y me será imposible quizá volver a Europa occidental, en tiempo de verles.

He pedido, por eso, a M. Rolland que tenga la bondad de poner en manos de usted esta carta.

Por las noticias recibidas sé que llegará usted al Perú en momentos de una ruidosa solemnidad cívica de la historia política de la América Latina: el Centenario de la Batalla de Ayacucho que consumó la obra de nuestra emancipación política de España.

Llegará usted al Perú en época muy triste de su vida social. Yo sé bien que las fanfarrias y las fiestas brillantes que el pueblo paga, no podrán ocultar a usted la dolorosa verdad de la opresión que impera en mi país.

El Perú es una República tragi-cómica con manchas de sangre y de ridículo; sangre de obreros, de indígenas, de estudiantes que caen a los golpes del despotismo más cruel; ridículo de políticos vestidos de frac, siervos del imperialismo yanqui y representantes de un feudalismo oprobioso que extrangula a millares de hombres de nuestros campos, en nombre de la libertad y la democracia republicanas.

Ese es el cuadro actual del Perú: un Gobierno autocrático que domina sangrientamente, hechura del capitalismo norteamericano, cuyos intereses sirve, una

casta militar que lo apoya y una burguesía y un clero nacionales dueños de vidas y haciendas, constituyen el sector de clase dominante.

La clase media, la gran mayoría de los intelectuales, en términos europeos, la pequeña burguesía, está situada en el plano egoísta de la indiferencia política por intereses y por miedo.

Destruídos los partidos políticos, desterrados sus jefes y principales secuaces, no existe oposición liberal alguna.

La bandera doctrinaria de la rebeldía, de la protesta, de la revolución en el profundo sentido del concepto, se agita en las zonas de la vanguardia de los estudiantes, los más dignos, los más abnegados, que unidos fuertemente al proletariado de la ciudad y del campo y a nuestro indígena, cuya raza sufre cuatro siglos de esclavitud, constituyen las avanzadas idealistas que han visto caer a muchos de sus filas, pero que van despertando de su adormecimiento de esclavo a todo nuestro pueblo animalizado por la ferocidad de los explotadores.

Yo tengo la certeza de que usted, hijo de una raza heroica que soporta opresión e imperialismo, habrá de percibir claramente nuestra realidad. Estoy seguro que habrá de recordar a aquellos ostentosos señores de la India vendidos al dominio inglés, al ver a los políticos peruanos que hoy gobiernan, reverentes a las órdenes de sus amos del Norte.

Verá usted en el Perú, que el imperialismo yanqui tiene una misión militar naval encargada de preparar una guerra internacional tan pronto como convenga a los intereses de Washington promoverla; verá usted que para la educación de los niños hay también una misión técnica norteamericana que prepara a nuestras próximas generaciones en el culto del imperio conquistador; verá usted que una abundante literatura oficial, oratoria periodística y hasta catedrática, entonan la misma salmodia de amor a la cadena capitalista norteamericana que, al compás de aquel coro, va arrollándose mañosamente al cuello de nuestro pueblo, que en las minas, en los campos de petróleo, en las fábricas, en las colonizaciones, deberá dar todas sus energías a la sed insaciable del capitalismo «civilizador».

Pero por de pronto, al celebrarse el Centenario de la Batalla de Ayacucho, habrá fiestas brillantes. Millones de libras que los pueblos acumulan en las cajas del Estado en impuestos y en contribuciones, se gastarán durante la próxima solemnidad.

Se tratará de olvidar que el 23 de mayo de 1923 estudiantes y obreros fueron asesinados en las calles de Lima, por el Gobierno que pretendía consagrar la República a la efigie del Corazón de Jesús; se tratará de olvidar que en octubre del mismo año los obreros textiles de Vitarto eran masacrados; se tratará de olvidar que en enero de este año, centenares de indios de nuestras sierras cayeron bajo la metralla del Gobierno en la provincia de Azangaro, como tantas otras veces en todas las regiones del interior del país.

Todo eso se tratará de olvidar con fuegos de artificio, iluminaciones, farándulas y alcohol. Yo sé que grupos fuertes de obreros, estudiantes y campesinos recordarán en esos momentos su dolor y su responsabilidad, y han de comprender que, ahora o nunca, los que luchan contra la tiranía del explotador

nacional y extranjero, deben apretar sus filas y recordar en todo instante su deber.

Yo estoy con ellos desde el destierro. Habría deseado ver a usted personalmente para pedirle que salude a esas vanguardias admirables de obreros, estudiantes y campesinos que se agrupan en nuestras Universidades Populares GONZÁLEZ PRADA, baluartes de lucha ideologista, y para pedirle también, que con ellos, que representan el inmenso dolor de un pueblo, vaya usted hasta las tumbas de los que el año pasado cayeron de nuestras filas, asesinados por los fusiles de la reacción dominante.

Una vez más lamento encontrarme impedido de partir en estos momentos para Suiza y decir a usted personalmente cuanto espero de su palabra para la Nueva Generación del Perú.

Lo saluda con toda efusión,

HAYA DE LA TORRE

La Doctrina de Monroe desde un punto de vista subjetivo

(Viene de la entrega anterior).

En Europa le dieron un matiz exclusivista a la declaración de Monroe y creyeron que podía sintetizarse en esta frase: «América para los americanos», es decir, para los estadounidenses.

Chateaubriand, a la sazón Ministro de Relaciones Exteriores de Francia, decía: «debe ser resistida por todas las potencias que poseen intereses territoriales o comerciales en aquel hemisferio». En cambio, en la América latina la declaración fué recibida con aplausos: la *Gaceta de Colombia*, de 1º de febrero de 1824, declaraba que «la lectura del mensaje los había llenado de alegría».

Bolívar aplaude la declaración y en su comunicación al Jefe realista Olañeta, le dice: «Inglaterra y Estados Unidos nos protegen; esas dos naciones, que forman hoy las únicas dos potencias del mundo, no permitirán que le venga ayuda de España». (1)

Por eso escribía el Doctor don Lorenzo Montúfar, abogado de los Tribunales de Costa Rica y uno de los próceres de Centro América: «¡Cuánto se engaña, pues, el vulgo de los escritores que creen que el presidente Monroe consignó estas palabras: América para los Americanos!» (2) Y luego el Doctor Montúfar se extiende aplaudiendo la virtud de la enunciación de la doctrina.

En la propia nación estadounidense, el mensaje de Monroe fué recibido con regocijo. Webster dijo: «Todo el mundo se ha sentido conmovido por un movimiento general de exaltación de conciencia, de amor satisfecho por la libertad, y de orgullo por la consideración, respeto y honor que ello implica para el país entero».

Bajo la presidencia de Buchanan y desempeñando Cass la Secretaría de Estado, hizo esta declaración oficial, el 21 de setiembre de 1858, y que da contornos precisos a la doctrina: «Estados Unidos no consentirá el sometimiento de ninguno de los estados independientes de este continente a ninguna potencia europea, ni que sobre ellos se ejerza protectorado, ni que se establezca ninguna influencia política directa que pueda controlar su política o sus instituciones». (3)

El presidente Grant, en mensaje de 21 de mayo de 1870, confirmaba la doctrina diciendo que: «la doctrina promulgada por Monroe había sido sostenida por todos los partidos políticos» y expuso el principio complementario, igualmente importante, de que «desde hoy en adelante, ningún territorio en este continente será considerado como pudiendo ser transferido a una potencia europea». (1)

Cierto es —y cabe decirlo ya— que no todos los presidentes de los Estados Unidos quisieron seguir el espíritu idealista de la Doctrina de Monroe; el gran presidente la enunció como un principio político adecuado a los intereses de América, y a veces sus sucesores la han convertido en interés nacional. Pero eso es excepcional; acaso la hechura de un hombre, no de un pueblo; y en frente de algún desertor de la intención del gran presidente, está la actuación de los ciudadanos que sí han querido mantener el espíritu de aquella intención. Además, debe recordarse—para usar las palabras del Senador Root—«que no todo lo que dicen o escriben los Secretarios de Estado, ni aun los presidentes, constituye una política nacional o puede ampliar, modificar o disminuir la política nacional». (2)

A este propósito, llenaríamos libros enteros consignando el calor con que los grandes hombres de Norte América han defendido el monroísmo idealista. (3) La Gran Bretaña, atendida a la vigencia del tratado Clayton-Bulwer, no quería que fueran los Estados Unidos quienes controlaran exclusivamente el canal de Panamá y enviaron sus notas. Entonces contestó Estados Unidos secamente: «El presidente cree que la formación de un protectorado de naciones europeas sobre el tránsito del istmo, está en conflicto con la doctrina que por muchos años ha mantenido Estados Unidos; y agregaba: ESA ACTITUD O CONVICCIÓN ES LLAMADA PROPIAMENTE DOCTRINA, POR CUANTO NO TIENE UNA SANCIÓN ESTABLECIDA Y SU AFIRMACIÓN DEPENDE DE LA EXIGENCIA QUE LA PROVOQUE, PERO HA SIDO REPETIDAMENTE ENUNCIADA POR EL EJECUTIVO DE ESTE GOBIERNO Y POR BOCA DE LOS HOMBRES MAS REPRESENTATIVOS DEL PAÍS; ES VENERADA POR EL PUEBLO AMERICANO Y HA SIDO YA APROBADA POR EL GOBIERNO BRITÁNICO». (4)

En la rectificación de límites entre Brasil y el Uruguay, el Secretario de Estado norteamericano en 1882 sentó este principio radical: Este Gobierno no sancionará una intervención de estados europeos en dificultades suramericanas, aun con el consentimiento de las partes interesadas. (5)

El presidente Taft, nuestro gran juez, en su discurso de Sacramento, California, en octubre de 1911, declaraba: «La Doctrina de Monroe ha sido interpretada como la política de Estados Unidos dirigida a conservar los intereses de todas las repúblicas americanas».

El presidente Roosevelt, en su mensaje de 1901, dijo estas palabras que deben consignarse íntegramente: «Hay algunos puntos esenciales en el monroísmo, que no deben olvidarse: debemos reconocer el hecho de que en no pocos países suramericanos existe la sospecha de que interpretamos la Doctrina de Monroe en un sentido hostil a sus intereses, de modo que tenemos que convencerlos de que ningún gobierno justo y ordenado debe temer nada de nosotros; pues la necesidad en que nos encontramos de ser los campeones de la Doctrina de Monroe, desaparecerá cuando las repúblicas americanas sean

(1) Doctrina de Monroe, op. citada.

(2) Discurso de apertura que, como presidente de la Sociedad Americana de Derecho Internacional, pronunció en Washington el 22 de abril de 1914.

(3) Véase el discurso antes citado, que es prolijo en este punto.

(4) Doctrina de Monroe, pág. 62, obra de Quesada de que se ha hecho mención.

(5) Doctrina de Monroe, pág. 65, obra de Quesada de que se ha hecho mención.

(1) Vida de Don Antonio José de Sucre, Laureano Villanueva.

(2) Derecho de Gentes, Lorenzo Montúfar, pág. 139.

(3) Doctrina de Monroe, Ernesto Quesada, pág. 38.

an estables y poderosas que no haya miedo de que ninguna potencia militar no americana adquiera territorio en sus vecindades. La doctrina debe ser el rasgo cardinal de la política internacional de todos los países de ambas Américas, como es la de Estados Unidos. Gracias a la Doctrina de Monroe esperamos estar en aptitud [de garantizar su independencia y y asegurar su porvenir a las naciones menores del nuevo mundo.

Son múltiples las ocasiones en que se ha afirmado el monroísmo idealista por parte de la nación que lo incubó: pocos años hace que el presidente Wilson, en manifestaciones de justo regocijo, envió a todos los rumbos, desde París, la noticia de que la Doctrina de Monroe había triunfado extendiéndose a todo el mundo. Efectivamente, se había incluido en el artículo XXI del Convenio de la Liga de las Naciones. Y cabe recordar aquí que cuando se votó el Pacto definitivo, el delegado por Honduras, Dr. don Policarpo Bonilla, expresó la idea de que la Liga no era un obstáculo para que las naciones americanas se confederaran a fin de realizar «los sueños de Bolívar», refiriéndose especialmente al proyecto de unión centroamericana; y luego se expresó así: «Esta doctrina, que ha sido sostenida por los Estados Unidos desde 1823, significa que todas las repúblicas de América tienen derecho a su vida independiente sin que ninguna nación pueda adquirir por conquista una porción cualquiera de su territorio ni intervenir en su gobierno o administración interior, ni ejercer acto alguno que pueda menoscabar su autonomía o herir su dignidad nacional».

En 1920 el Ministro Americano Mr. Golby, al contestar al Senador brasilero Dr. don Alfredo Ellis, en el mismo palacio que la gran nación del Sur erigió en memoria del presidente James Monroe, aseguró que «es creencia del pueblo y gobierno norteamericanos que los lazos que así se crearon por la Doctrina de Monroe, nunca dejarán de imponer el respeto y asegurar los derechos hacia la independencia y hacia la libertad». (1)

El primer ministro de los Estados Unidos actualmente, Mr. Hughes, con motivo del centenario de la Doctrina de Monroe pronunció un discurso en la reunión celebrada con tal fin por la American Academy of Political and Social Science, en Filadelfia, el 20 de noviembre de 1923 y en él se afirmó que «los acontecimientos políticos de las últimas décadas no han alterado el espíritu de esa doctrina, que los Estados Unidos mantienen como un principio político esencial, proclamado en defensa de su propia seguridad y no con miras de dominio respecto de otras naciones». (2)

Y por último, señores, citaré un testimonio reciente, de este año: el del senador norteamericano Mr. Hamilton Lewis, que es uno de los grandes oradores actuales de los Estados Unidos. Ese testimonio es el discurso que pronunció en el Palacio Azulejos de México y que en parte dice: «Este año de 1924 abre nueva era en el tratamiento que se da a los gobiernos del mundo; hemos entrado en la era de los gobiernos continentales, influidos por intereses comunes... »La necesidad que tiene México de la amistad de los Estados Unidos no es mayor que la que los Estados Unidos tiene de México y con su cooperación necesitamos garantizarnos contra la posibilidad de que estas tierras latinas sean la base de aprovisionamientos de fuerzas atacantes que vengan por el océano Pacífico o por el Canal de Panamá». (3)

Dicen los pesimistas que los Estados Unidos sólo esperan una oportunidad para echarse sobre estos países. Y lo dicen en Costa Rica, donde más de una vez los hombres de gobierno

han hecho propicio el momento para que ese gran pueblo nos haga suyos.

¿Y qué dirán estos mismos señores ante lo acontecido hace poco en Honduras? ¿No tuvieron oportunidad los Estados Unidos y motivo bastante para haberse quedado allí como amos y señores?

La tuvieron también en 1907, cuando esa misma república solicitaba el apoyo del gobierno de los Estados Unidos para el mantenimiento de su neutralidad «en la posible guerra que se espera tendrá lugar entre El Salvador y Nicaragua», como decía Ugarte, el Ministro de Washington, a Root, el 18 de agosto de ese año.

Roosevelt estuvo esta vez tan dispuesto y pronto como siempre—dice el internacionalista don Jacinto López—para ofrecer sus buenos oficios en favor de la paz, y sin demora tomó medidas para obtener el concurso del presidente Díaz, de México. Es muy importante no perder de vista el hecho de que la política de Roosevelt era no dar un paso en estas cuestiones centroamericanas sin ponerse antes de acuerdo con el gobierno de México y proceder de consuno con él. El no creía su acción decorosa y eficaz de otro modo; pero lo más precioso en la significación de este sistema, era la sinceridad y la generosidad de sus móviles en el escrupuloso respeto a los derechos soberanos y a la dignidad nacional de los pequeños estados. (1)

Como se vé, la verdadera Doctrina de Monroe hizo comprender a los estados de Europa que era imposible sojuzgar a las nuevas repúblicas americanas, sin entrar en pugna con los Estados Unidos.

Y tan eficaz fué esa amenaza del pueblo norteamericano para que Europa no interviniera en la vida política de nuestro continente, que un día, cuando se debilitó en guerra intestina el pueblo yanqui, Inglaterra, España y Francia se lanzaron codiciosos sobre México. Fué cuando este pueblo, bajo la presidencia de don Benito Juárez, combatió contra los ejércitos de Francia y fusiló en Querétaro a Maximiliano, el archiduque de Austria, que ya ceñía la corona imperial de la nación azteca. Y fué también cuando tuvo lugar la aplicación más crítica de la Doctrina de Monroe, en las palabras del Secretario de Estado Seward al ministro francés, declarando que Francia no debía demorar por un momento su prometida retirada de México. (2)

Vamos ahora a estudiar otro aspecto de la cuestión: se dice que la doctrina no forma parte del derecho internacional, pero que descansa en el derecho de propia defensa de los Estados Unidos, reconocido por el derecho internacional.

Se dice también que la facultad internacional en que se funda expresamente la declaración, no es el sentimiento de simpatía ni el altruismo hacia estas otras repúblicas de América, sino que ha sido creada para la propia seguridad de los Estados Unidos, «para que no se ponga en peligro su paz y su felicidad».

Admitámoslo; pero admitamos también que el ejercicio del derecho de defensa propia puede extenderse, y con frecuencia se extiende, más allá de los límites de la jurisdicción territorial del estado que lo ejerce.

El ejercicio más común del derecho de defensa propia fuera del territorio y en tiempo de paz, dice Elihu Root, es la protesta contra la ocupación del territorio, de puntos estratégicos de importancia militar o marítima, o contra la realización indirecta de esos actos por medio de un arreglo dinástico (3). Por ejemplo, la oposición de Inglaterra en 1911 a que Alemania ocupara una estación naval en la costa atlántica de

(1) *Revista Argentina de Derecho Internacional*, N° 2.

(2) *Inter-América*, Vol. II N° 2.

(3) *La Tribuna*, Año IV, N° 1184.

(1) *Repertorio Americano*, tomo V. pág. 207.

(2) *La Política Exterior de los Estados Unidos*, J. Brown Scott, pág. 77.

(3) *La Política Exterior de los Estados Unidos*, J. Brown Scott, pág. 73.

Marruecos; la oposición general de las potencias europeas a que Rusia extendiera su territorio hasta el Mediterráneo; la fundación de estados intermedios; todo eso depende del mismo principio en que descansa la Doctrina de Monroe, es decir, el derecho que tiene todo estado soberano a protegerse a sí mismo, impidiendo que sobrevenga una situación en que sea demasiado tarde para hacerlo.

Obsérvese que la eficacia de la objeción depende de la fuerza con que cuente para apoyarla la nación que la hace; es hermoso para el pueblo norteamericano haber lanzado su doctrina contra toda Europa en una época en que solo contaba con la décima parte de la población con que hoy cuenta.

Pues bien, señores, el reparo que se pone a la doctrina de ser creada para el exclusivo interés de los Estados Unidos no tiene razón de ser, porque precisamente a nosotros no nos interesa saber si el móvil inmediato del presidente Monroe fué el de favorecer sólo a su país, sino que debemos contemplar el problema de si esa declaración ha favorecido al resto de la América o no.

Porque la bondad de un procedimiento, en cuanto nosotros la juzgamos, dependerá del mal o del bien que haya causado, no de la tendencia exclusiva que la creara. ¿Se ha beneficiado la América con la Doctrina Monroe? ¿Se ha aplicado con provecho en algunas de las repúblicas hispanoamericanas salvándolas de perder su autonomía? Tenemos que contestar que sí, categóricamente.

Ese es el punto que vamos a analizar ahora.

ROGELIO SOTELA

(Véase la entrega próxima).

Doctor CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta. Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Quien habla de la **Cervecería TRAUBE** se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica.

Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESENTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS	Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.
Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.	SIROPES
REFRESCOS	Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.
Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Ginger-Ale,	

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

Dietario en Zig-Zag

(De *La Nación*, Barranquilla, Colombia).

Programa: "Deirdre", by W. B. Yeats

MICKY Moran, un amigo nuestro irlandés, nos lleva a un pequeño teatro privado del faubourg parisien, en donde se representa esta noche la obra del más grande poeta de Irlanda, y tal vez de todos los países de habla inglesa, W. B. Yeats: *Deirdre*.

Habíamos conocido a Micky Moran en Dublin y con ocasión del estreno, en el Abbey Theatre, de *The King's Threshold*, precisamente otra obra de Yeats. El poeta nos había hecho amigos, nos había juntado, y fueron sus poemas los que oímos, dichos por Micky Moran, con fervor patriótico, ya en las calles estrechas de la capital de Irlanda, espesas de sombra, ya bajo los árboles del Stephens Green, bullicioso de luz.

Esta noche de París, vamos a encontrarnos casi en Dublin, lejos de Dublin y entre irlandeses, irlandeses extremistas, partidarios de De Varela, que van a jugar ellos mismos, por patriotismo y para ensalzar a Irlanda. *Deirdre*, de W. B. Yeats. Se abrirán las cortinas del teatro y veremos a Conchubar, el viejo rey de Uladh, censervado verde y vigoroso, y a Deirdra, su esposa, enamorada del joven rey Naisi, con amor pecador, con amor de falta, que la llevará a la muerte. Oiremos gritar proféticamente por boca irlandesa, las palabras de roble del rey esposo: «Soy rey y como rey obro. Escogí la mujer más bella para hacerla mi reina y ay del joven enamorado que me la quiera robar». El alma celta de los escuchantes, será como un jazmín arrastrado por el torrente de estas palabras.

Micky Moran está impaciente. Siente la noche que se llenará de la poesía del poeta y de sus sueños desvelados. Se estanca al hablarnos de W. B. Yeats, a quien dice conoció en el archipiélago de Arán, cuando recogía de la boca de la gente de mar las tradiciones que debían servirle para su libro *Ideas of Gool and Evil*. El poeta es Irlanda—Micky Moran insiste—es el armonioso espíritu gaélico, pesado de leyendas pero con tensas rémiges de oro para lanzarse a los espacios. El, con Synge y Ladie Gregory, forman la gloriosa trinidad artística del renacimiento irlandés. De Yeats son estas palabras: «En el fondo de mi corazón he tenido siempre el convencimiento de que hay que ser algo más que artista, y que en el alma del poeta el patriotismo ha de ser un sentimiento completamente puro».

Micky Moran no nos habla en *sinn feiner*. Su fervor para W. B. Yeats es compartido por nosotros que hemos hecho de los dramas legendarios del poeta de Irlanda guías para un teatro ideal; que tenemos para *The Green Helmet*, para *Shadowy Waters*, para *The Land of Heart's Desire* y para *The Countess Cathleen*, admiraciones desveladas. Los dos volúmenes de poemas de Yeats contienen los gérmenes de su producción dramática. Nunca los olvidaremos, con su música moribunda que se arrastraba por la noche dublina, al salir de los labios rojamente jóvenes de Micky Moran.

Deben ser poetas, le decimos a nuestro amigo, no cómicos, los que interpreten a W. B. Yeats. ¿Cómo se

juega *Pot of Broth*, sino en poesía? ¿Cómo se da íntegro *The Hour-Glass*, sin sentir, sin perderse en el entusiasmo del poeta? ¿Cómo se llega a la simplicidad de viñeta de misal que exige *The Countess Cathleen*, esta condesa Catalina que en acto de suprema caridad vende su alma a Satán para poder dar de comer a sus vasallos pobres?... El amigo asiente y apresura el paso.

Hemos llegado al teatro privado del faubourg parisien. Entramos en el escenario, y Micky Moran nos presenta a la que será Deirdre en la obra de Yeats, y a los que serán Conchubar, Naisi y el Verdugo negro.

John Fleming—ya en ropas de verdugo—nos recita un fragmento de *The Celtic Twilight*, de Yeats. Mary Whitty, la bella Deirdre, en un medallón que le pende del cuello, lleva un retrato del poeta. Jack Vilcox, el rey Conchubar, tiene en las manos unos sonetos suyos que va a leer antes de la representación en loa fervorosa al autor de la leyenda. Trevor Love, un adolescente de ojos color de niebla y de cabello lunar, sueña con Irlanda y con Yeats, el magno poeta gaélico.

No vamos a asistir a una representación teatral; el teatro se ha convertido en templo. Los irlandeses, en él congregados, esperan con fervor la hora de la elevada comunión, del ser brasas para recibir el áspero incienso de los versos.

Micky Moran, casi con lágrimas, nos grita al oído: —¡Viva Yeats y viva Irlanda! Su voz baja es un grito en el que *God Save Ireland*, se sitúa en la Mansión House de Dublin para ir, como salido de honda, al Parlamento de Westminster. W. B. Yeats, el poeta nacional, queda enfrentado a Inglaterra.

Un Poeta hecho alma de la Patria.

Eros

LUDWIG Klages acaba de darnos una nueva interpretación del eterno Eros.

Es en la *Theogonia* de Hesiodo que encontramos la precisa fijación de Eros: «El más bello de los inmortales; el que disgrega la fuerza y doma, dentro del pecho, la ciencia y la sabiduría de los dioses y de los hombres».

El dios del amor—Eros—es riente crueldad en Anacreonte—(Anacreonte y Meleagro fueron los padres del Cupido latino)—es descrinado furor en la Antígona de Sófocles—«nadie podrá evitarte—dice el poeta—y el que te recibe enloquece»—; es mito recargado—orden y armonía del Cosmos—en los versos que el alejandrino Lycophron hace pasar por entre los dientes de Casandra, perfumados del delfico laurel mascado.

Ludwig Klages, uno de los talentos más profundos de la nueva Alemania, lo interpreta en alemán, en *Von Kosmogonischen Eros*, no como instinto sexual, no como sublimación de un deseo—(Banquete de Platón). Klages más bien va a los órficos que lo proclamaron «andrógino y germen de los dioses». No es deseo Eros; es éxtasis. No es instinto; es estado. El deseo—Propercio lo dijo antes que Klages—muere con la posesión. Y por eso, Eros no tiende nunca a fusionarse. Eros liberta de toda fealdad personal a las impersonales relaciones entre el alma y el mundo; deja subsistir en rarísimos momentos privilegiados la perfecta bipolaridad entre una y otro.

El alemán, E. Gerhard, en *Über den Gott Eros*, había intentado una exégesis mística del dios cosmogónico. Pero será de Ludwig Klages, alemán también, la gloria de la exposición perfecta del Eros, concepción germánica: «Eros es el retorno que logra el hombre a las fuentes primitivas de su vida: el vivir del alma en relaciones directas con las imágenes, verdadera realidad del mundo; lejos de los conceptos que son realidad ficticia».

La satisfacción del instinto no admite ninguna divinidad. Eros—dios bello entre los dioses—no fué evocado en la *Odisea* homérica como dios sexual. Eros, dios cósmico—habla Klages—es como una corriente magnética en que las almas más lejanas se encuentran reunidas, lejos de sus vallas respectivas. El encuentro de las almas puede iluminarse con una adormecida voluptuosidad, con un descorporizador éxtasis; bien diferente del amodorramiento del apetito sexual satisfecho, del hastío azul del deseo que se logra.

Fijáramos el Eros de Ludwig Klages descorporizado de cuerpo por una quemante luz. Andrógino. Bello con belleza irradiante y con luz en los ojos que medio se abren bajo la sombra pesada de los párpados.

Distinto, distintísimo de las corporizaciones que nos hemos hecho de los Eros antiguos: cuerpos resplandecientes, adolescencias supremas; dioses perfectos partiendo de nuestra imagen; cuerpos perfumados por el incienso, intenso y sexual, de las plegarias órficas; dioses ciegos y altivos unas veces; otras, dioses impúberes con coronas de rosas y ojos intactos que se ensombrecen de admiración incomprensiva delante de los humanos dolores y de las humanas veleidades.

Concepción de un místico y de un romántico—con el romanticismo que subsistirá—el Eros de Ludwig Klager es un estado de gracia y un reposo espiritual que deja sentir el *placer* del reposar a un dios del amor que se extiende sin buscar objeto codiciado; amor de satisfacción, de plenitud, del hallarse; amor gótico, amor de altura; al aire como una arista de catedral y en coloquios con los astros.

Nosotros lo sentimos, lo amamos. Entra la luz en su composición; no el mármol. Pero hemos de confesar que muchas veces las cegueras divinamente humanas no tienen más interés que los ojos medio abiertos a las verdades empíricas. Hesiodo es nuestro y es nuestro su Eros, aunque comprendamos y admiremos el Eros que interpretó el autor germano.

Ligero Amor de Ovidio—chispa latina—tú, a quien el poeta decía: *Necte comam myrto; maternae jungue columbas*, cuán lejano estás del Eros de Ludwig Klages.

RAMÓN VINYES

Casilla 16, Barranquilla,
Colombia.



El libro primero de los humildes

=Composición de lugar: de noche, en Momotombo, en una casita cualquiera, un teatro improvisado con las mismas cortinas de siempre y etcétera, tres cómicos, prestidigitadores, saltimbanquis, no sé cómo dijera y en el público heterogéneo que se ha colocado en cualquier parte, el Padre Pallais, unos estudiantes del Instituto de León y todos los jornaleros de la hacienda de ganado «El Diamante».=

Reminiscencias

Primitivo, primitivo
como ayer, buen tiempo de antes,
viviendo, vivido, vivo,
ya pintó Miguel Cervantes.

El teatro Alfa y Omega
de los teatros del mundo,
donde fué Lope de Vega
genio monstruo sin segundo;

donde dictaron sus leyes
de incomparables razones,
como príncipes y reyes
los Tirso y Calderones,

fué en sus comienzos, humilde
luz de los ojos sencillos,
letra minúscula, tilde
de mínimos parvulillos.

Teatro antiguo y moderno
van los dos en la carreta
de Tespis, comienzo eterno
del establo, ley secreta

de la párvula semilla.
Dice Jesús Buen Amor,
en parábola sencilla
"A sembrar el Sembrador";

Y los más sencillos casos
con el amor los enreda
en sus bien contados "Pasos"
nuestro buen Lope de Rueda;

Va la comedia a noticia,
con los ojos muy abiertos,
subrayando la malicia
de los agravios y entuertos;

Recordemos, el barbero,
el cura y el sacristán
y el tablado callejero
de las farsas Pathelín;

Ñaques y carambaleos,
etcétera, primitivos
y traviosos escarceos
de los faunos medio chivos.

La orquesta de guitarras

Por tu periódica pura
"Zanatillo, zanatillo"
yo comprendo la dulzura
del hurraño cervatillo;

Y me siento sumergido
en remanso mañanero,

oyendo con buen oído
tu voz, "Pitero, jobero"

larín, lalarín, lanlira
una dulce claridad...
larín, lalarín, lanlira,
muy lejos de la ciudad...

lirán, lilirán, linlara
el silencio florecido...
lirán, lilirán, linlara,
buenos ojos, buen oído...

Estas guitarras heridas
así con toda la mano,
copian las voces dormidas
de un pasado muy lejano.

Qué bien rasca se decía,
y mi padre así tocaba,
cuando la luna vertía
sus caricias y velaba

el amor en los umbrales
y con los ojos cerrados,
muy lejos de nuestros males
subíamos encantados.

"Zanatillo, zanatillo"
todo el cielo y todo el mar,
¿quieres como pajarillo
tener alas y volar?

Composición de lugar

Para el ritmo sordo y vago
de las horas que se van,
tiene silencios el lago
y palabras el volcán.

Lago y volcán: las dos fuentes,
los ruidosos, los callados;
los espejos inocentes
y los ojos complicados.

El Momotombo es un ojo
malo, de mal corazón,
ojo de cíclope, rojo
que no sabe de perdón.

En luz de églogas bañado,
el Xolotlán nos invita
a escuchar el bien amado
madrigal de Manzanita

d'Anís, la graciosa hermana
de Virginia y de María,
la más desnuda mañana
del más oloroso día.

Cloe la más inocente
de las griegas bien podría,

con voz de pájaro fuente
decir aquí su alegría.

Lor Artistas

Tres sin nombre, malandantes
de sol ricos y de luna,
tres enanos, tres gigantes
que van rodando fortuna.

Tres Gonzalos de Berceo,
que por el mismo camino,
dicen: Valdrá como creo,
nuestro vaso di buon vino.

Versos anónimos, risa,
juegos de mano y tras mano
y barajadas a prisa,
las cartas, el más humano

y divino disparate
del tiempo que va pasando,
como loco de remate,
barajando, barajando.

Es un sofisma la vida,
un continuo sube y baja,
pase de mano escondida,
que en vez de explicar, baraja.

Los espectadores

Los esquivos ignorados
del verso hurraño y arisco,
los apenas bautizados,
Pedro, Pablo, Juan, Francisco.

Los que siempre dieron todo
y nunca reciben nada,
los que están en el recodo,
sin salida y sin entrada.

Los mínimos preferidos
de Jesús, los cenicientos,
los ingenuos desteñidos,
los flacos, los macilentos

bajo el peso de la carga,
llora Fray Bartolomé,
porque ahora muy amarga,
como ayer la vida fué.

¿Políticos?, excelencia
de caninos e incisivos,
vale más la reticencia
de los puntos suspensivos.

El Poeta

Más hurraño que las cabras,
que las cabras montañeras,
yo detesto las palabras
retóricas y parleras!

Más esquivo, más nervioso
que los ciervos mis hermanos,
bajo el árbol silencioso,
oigo los versos lejanos

de las cosas, voz callada,
baja, baja, muy apenas,
voz de siglos, encantada,
como aquellas cantilenas,

mece que mece la cuna,
para que se duerma el niño,
cuando son las madres una
parábola de cariño.

Larín, lalarín, lanlira,
más huraño que las cabras,
larín, lalarín, lanlira,
yo detesto las palabras,

lirán, lilirán, linlara,
más esquivo y más nervioso,
lirán, lilirán, linlara,
bajo el árbol silencioso,

A. H. PALLAIS, Pbro.

León, Nicaragua, 28 de Diciembre de 1924.

Difusión de la cultura de Oriente en la América Española

Buenos Aires, Diciembre 26 de 1924

Dr. V. García Calderón,

En la Redacción del REPERTORIO AMERICANO

San José de Costa Rica,

Apartado 533

Por intermedio de la presente le comunico a Ud. que en la capital de la República Argentina, Buenos Aires, ha quedado constituido un Comité Estudiantil pro-difusión de la cultura de Oriente.

Las nuevas corrientes intelectuales rusas han de encontrar en ella un vehículo de propaganda y de difusión, ya que a nuestro entender, hoy por hoy, es la mejor o una de las mejores literaturas que en el escenario mundial se producen.

Para ello tenemos los trabajos listos, para que a mediados del mes de marzo o a principios de abril, aparezca una revista que difundiremos en toda la América Española.

A tales efectos invitamos a Ud. a colaborar en ella.

Nuestro propósito es, repetimos, dar a conocer y difundir entre las capas obreras—incultas y analfabetas hoy—lo mejor de Rusia, y el pensamiento de los más grandes intelectuales hispanoamericanos.

Solicitamos su concurso valioso a los efectos de darle mayor valor a nuestra revista, toda vez que su pluma es muy conocida y leída en esta parte de América, ya entre estudiantes, ya entre trabajadores.

Sin otro, aprovechamos la oportunidad para saludar a Ud. con nuestra más alta consideración. Por el Comité Estudiantil,

JORGE PAZ

Endo. Revista y propaganda

Sarmiento 2616. Buenos Aires, R. Argentina.

Cómo haría yo un diario a los costarricenses

San José de Costa Rica, 14 de julio de 1924.

Señor don L. Jiménez P.

En *La Noticia*

Pte.

Mi estimado señor:

Respondo a su atenta carta, que le agradezco.

Me limitaré a exponerle cómo les haría yo un diario a los costarricenses, si para ello tuviera recursos.

Le advierto que yo cogería este rumbo sin tratar de «ajustarme al medio» y más bien cuidándome de «actualizar el porvenir». Creo que sin esta fuerte resolución es muy poco lo que se adelanta, en el periodismo como en otras empresas civilizadoras.

Concibo el diario como un promotor de ideas e ideales y supongo, además, que los maestros de las escuelas hayan enseñado a sus conciudadanos a leerlo.

Lo haría en formato menor (como *La Noticia* doblada a la mitad). Publicaría dos ediciones diarias de ocho a doce páginas: una matutina y otra vespertina. Lo daría muy barato: a cinco céntimos, con el propósito de que lo compraran todos y de que su influencia fuera incalculable.

La información interior y extranjera sería copiosa. Y haría cuanto me fuera dable por combatir este descuido moral contagioso de los periodistas al uso: informar sin estar seguros de lo que hacen, inclinándose más a la murmuración y a la calumnia que a la exactitud de las noticias. En las informaciones políticas, exigiría de los reporteros que refieran lo que ha sucedido y no lo que los partidos quisieran que sucediera. Con Harding periodista, me agradarían más los informes que elogian que los que desprestigian; me placería que mis reporteros vieran más el lado bueno de las cosas que el que hiere las susceptibilidades ajenas. Desde luego, si en mi periódico se dieran informes falsos, se cometieren errores de hecho o de opinión, estaría pronto a rectificar con amplitud y lealtad. Norma: no hacer cargos sin oír a los acusados. El periodista de casta debe cultivar la equidad. Como que el diario en parte se funda para eso, para defender los intereses perdurables de la justicia y la libertad, bases políticas y espirituales de la patria.

Apruebo la veracidad y la honradez como lema de un diario bien constituido. Y añado: la fidelidad inquebrantable a esta consigna. A fin de que fuera fiel a la verdad y a la honradez, mi diario sería independiente, no estaría vinculado en modo alguno a partidos ni a sectas, ni a capitalistas, ni a gremios o compañías. No sería neutral, pero sí sería imparcial. En las controversias tomaría en cuenta el parecer de ambas partes. Decencia, equidad, magnanimidad, distintivos deben ser del periodista. Y que este gran bien se realice: que el periodista se dé por convencido en sus opiniones cuando el caso llegue.

En el Código de los Editores Norteamericanos de Periódicos, hay dos mandamientos que me satisfacen mucho: el que pide al periodista sinceridad y buena fe con sus lectores y el que le exige distinguir el

artículo que informa del que expresa opiniones. Como también el que le exige responsabilidad. El diario es un instrumento público al servicio del bien común y no de los intereses egoístas.

Es claro, sin libertad tampoco prosperan los diarios buenos. Y que haya libertad dentro de la casa que edita periódicos: que ni el Director ni los subalternos y colaboradores estén enganchados a esta causa o a la otra, ni de antemano se condenen a pensar así o asá. Huyan los aprendices de periodista de esta servidumbre nociva: la de opinar en todo caso como opina el Director del diario en que trabajan.

Haya en mi periódico varios redactores, mujeres y hombres preparados en estos estudios y en aquéllos, con el ánimo de evitar este problema moral: el caso del periodista de estaca, en funciones de Director y redactor exclusivo, obligado a hablar de todo, lo entienda o no, crea en ello o no. Porque mi diario trataría todas las cuestiones de importancia, al compás de los sucesos que trascurren. De los colaboradores exigiría el estilo breve y sencillo. Esto es, exigiría del periodista que se aparte de la garrulería fácil y engañosa; le pediría que se concentre, que corrija, que pula sus escritos. En Costa Rica los diarios inflan mucho los asuntos: con cualquier bobería rellenan columnas una semana completa, para solaz, o fastidio, de la clientela. La sobriedad es una bella condición en quien escribe para los diarios.

Juzgo que el diario debe completar la educación del ciudadano, dentro de la diversidad de asuntos que trate. Mi diario sería un divulgador asiduo de conocimientos útiles, de ideas nuevas, de valores y preocupaciones mundiales. Diversidad y amplitud en la divulgación sería mi norma:

Y por nada descuidaría la estética del diario: el aspecto del material—texto, ilustraciones, avisos—su armoniosa y atractiva distribución. Mi diario desecharía la literatura cursi.

Concibo, pues, el periodismo civilizador, el diario que aconseje a los trabajadores y que en ellos realiza una obra espiritual cuando lo lean en los ratos de ocio. Nada de enconos ni virulencias de lenguaje. Quiero un diario decente, pulcro, bien escrito, que hasta los niños puedan leer. No el diario que se ponga al servicio del escándalo, la ramplonería y la corruptela política. Nada de sensacionalismos, ni detalles de crímenes y vicios, incentivos para las bajas pasiones. Los remitidos serían abolidos en mi diario. Todo lo que engendre odios debe excluirse de la prensa. Ni escritos anónimos se publicarían. Antes bien, que el pueblo se acostumbre a ver al pie de los artículos que lea, la firma del que expone, opina o persuade. Por la firma el escritor, el hombre, la fe en él, la estimación por lo que dice. Por el publicista, sabríamos si hay sinceridad en lo que afirma, si está escribiendo lo que quiere escribir, si su opinión es la propia o la del capitalista, o la del gremio, o la de la compañía que se la paga. Por el escritor, sabríamos si escribe para complacer o adular a su clientela, o para educarla. Tal es—a mi juicio—el diario bueno: un guía del pueblo lector, que lo compra y consulta para su provecho y no para su daño.

A propósito, hay tradición que recordar, y mantener: el primer diario oficial de Costa Rica se llamó *Mentor Costarricense*. El mentor guía, y también amonesta.

Y el mío tendría una brújula: hacia los intereses hispano-americanos de preferencia. Y tendría un folletín escogido y le pondría a menudo ilustraciones y caricaturas sociales y políticas. Destinaría una plana a la voz de los lectores; y al cable, un comentario. Me place el periódico que se alza por encima de las preocupaciones de la parroquia y divisa otros horizontes y recoge para sus lectores mensajes y aspiraciones de otros hombres y de nuestro tiempo.

Y no faltaría en él una revista de la prensa que enmiende errores y rectifique opiniones falsas y fuera como un curso de educación cívica y de lógica práctica para sus lectores.

Por fin, me regocija un diario que agite ideas, que sacuda indolencias mentales y políticas, inercias sociales, hostilidades, disimulos y cobardías.

De Ud. atto., y s. s.

J. GARCÍA MONGE

Comentarios fugaces

Al propósito de programas, de normas de acción periodística, una excelente revista *The New Republic*, de Nueva York, hace una declaración que nos complace reproducir.

La función de la revista, como los editores la conciben, no tiende a declarar o defender programas, los cuales por más acertados que fueran, fracasarían a menos que hubiera hombres especialmente educados para realizarlos. La revista aspira a estimular en sus lectores un estado mental de vigilancia de las actividades sociales en que participan. A medida que tal vigilancia se practique, ella propenderá a convertir aquellas actividades en algo como escuelas de ennoblecimiento o iluminación moral para el individuo. Los editores entienden que les corresponde una tarea de crítica sólo realizable si es guiada por cierto espíritu y sin ultrapasar ciertos límites. Consiste esa tarea en lanzar sobre los temas y sucesos de la vida estadounidense una corriente de ideas que ayude a los lectores a interpretar mejor lo que ocurre y a participar constructivamente en las respectivas actividades. Las ideas, para contener luz, deben ser oportunas, desinteresadas y concebidas con lealtad. Pero no deben ser, como la mayoría de las ideas en circulación, meras racionalizaciones de los intereses o de las actividades. Las ideas, son fieles, leales a las actividades, en aquella medida en que las gentes que conducen actividades positivas adoptan la práctica de aplicar a sugestión la actitud de una mente infatigable, inconforme, alerta. Una vida así, tenderá como parte de su funcionamiento normal, a producir la verdad que necesita para su propia liberación.

* *

El lector reflexivo observará que hay interesantes puntos de contacto entre las normas de *The New Republic* y la actuación de este REPERTORIO AMERICANO, en cuyo torno ya es tiempo de que se sientan bullir las inquietudes de una juventud ávida de preocupaciones elevadas.

Por lo demás, aquel concepto de función de un órgano de publicidad—revista o periódico—es fácilmente conciliable con las exigencias de la informa-

ción que cierta prensa pretende convertir en programa. Con la ventaja de excluir lo que esa prensa tiene de antipático, y, a veces, de abyecto: la vulgaridad insidiosa del gacetillero. Porque donde comienza el campo de las ideas, termina la función roedora del gacetillero. Y al referirnos a éste pensamos en el petulante periodista anónimo, que so pretexto de dar información, manosea todos los asuntos, los más graves, los más delicados. Lo que realmente sabe hacer, es ocultarse tras las opiniones recogidas en los corrillos callejeros, para hacer a su gusto la mueca del comentario audaz en que secreta sus rencorillos... Y gacetilla viene a ser bajo su pluma, lo mismo la crónica y el reportaje que el sedicente editorial. La excusa de ellos es que la prensa moderna es alada, voluble, ligera; que conduce al lector como a flor de suceso, etc., etc. También lo cree así Ramiro de Maeztu, pero entre él y el gacetillero hay una diferencia insondable, la misma que hay entre lo que es alado y voluble por obra de gracia y de espíritu fino, y lo que es ligero por superficial y vacío. De modo que en boca de gacetilleros la excusa no pasa de ser pretexto para practicar cómodamente el dogma de la vaciedad. Sin contar con que es productivo convertir el periódico en mosaico de murmuraciones y recopilación de interesados lugares comunes.

EL PASAJERO

San José, febrero de 1925.

Cipriano Castro

EL General Cipriano Castro, que nació en Capacho, Táchira, el 16 de agosto de 1853, muere a los 71 años. Vivió muchos años en Colombia y fué guerrillero conservador el 76, y estuvo al lado de los liberales en 1895. Fué constante adversario del régimen de Guzmán Blanco, y concluído éste, logró adquirir prestigio en su patria y llegar hasta Presidente del Estado del Táchira.

Pero hasta principios de 1899 no había pasado de ser figura muy secundaria. En mayo de ese año, con un golpe de audacia y de fortuna verdaderamente asombroso, se hizo dueño del país; invadió a Venezuela por la frontera del Táchira, con menos de 100 hombres y en pocas semanas derribó al Gobierno del Dr. Ignacio Andrade, a quien sucedió en el mando. El punto culminante de esa campaña fué la batalla de Tucuyito, que según parece, fué más que batalla, gran operación mercantil, o si se quiere, diplomática, en que los Generales Castro y Gómez adquirieron el ejército que se les enfrentaba y con él aseguraron su victoria total. Pocos meses después, una Asamblea Constituyente legalizó los hechos cumplidos y eligió Presidente al General Castro y Vicepresidente al General Juan Vicente Gómez.

Fuó Castro amo absoluto de Venezuela nueve años. A fines de 1908 grave dolencia lo obligó a partir para Alemania, en busca de alivio para sus males, y el Vicepresidente Gómez lo suplantó, y en el golpe de Estado del 17 de diciembre de 1908, desconoció sus poderes y comenzó el régimen que aún subsiste.

Castro fué un tirano tropical, cruel y licencioso, cuyo gobierno es una página negra de la historia de

América: la página del caudillaje perseguidor y codicioso. En ella brilla, sin embargo, un hecho noble y grande: la valerosa resistencia a las potencias europeas en 1902, que quisieron obtener a cañonazos el pago de unas deudas. El General Castro se irguió admirablemente ante aquel atropello y supo encarnar entonces el orgullo patrio y la altiva resolución de defender la independencia nacional contra todo y contra todos.

Pero ese heroico rasgo no alcanzará a salvar su nombre de la reprobación de la Historia, y ya un escritor genial, *Pío Gil*, grabó en *El Cabito*, libro amargo y terrible, en que hierven la indignación y la cólera, los rasgos característicos de ese militar afortunado, a quien la adulación sin medida comparó locamente con los más grandes hombres de aquella nación heroica, en donde se mecieron las cunas de los grandes libertadores.

Castro inició en Venezuela el imperio de los Andinos, de los hijos del Táchira, que, con él primero, y hace quince años con el Gral. Gómez, ejercen en la nación vecina una hegemonía sin límites. Un cuarto de siglo hace ya que dura ese dominio de los dos hombres que en mayo de 1899 cruzaron casi solos la frontera y que desde entonces han ejercido en su patria la totalidad del poder, con los mismos sistemas y la misma absoluta supresión de las verdaderas instituciones republicanas, con la misma represión implacable de toda protesta y de todo desacuerdo con cuanto el jefe dispone. Castro fué sin duda más brillante, más inteligente, más cultivado que Gómez, pero éste es más sagaz y firme que aquél, y personalmente, se ha mantenido lejos de la vida borrasca y llena de escándalos que dió tan triste fama al nombre de Castro.

El famoso dictador vivió sus últimos quince años proscrito, errante de un lugar a otro de Centro América, cada día más olvidado. Los mismos que lo habían endiosado hasta compararlo con Bolívar, lo vilipendiaban al verlo traicionado y caído. Varias veces se le dió por muerto y la noticia sólo indiferencia causaba. Ahora, ella ha sido confirmada, y puede asegurarse que muchos, al saberla, exclamarán: «¿Vivía todavía el General Castro?» Y de él quedarán un bello rasgo patriótico, un ejemplo de audacia y de fortuna realmente extraordinaria y un recuerdo sombrío de tirano tropical, de esos que han sido en América los peores enemigos de la libertad y de la civilización.

(El Tiempo, Bogotá)

¿Desea Ud. hacerse un vestido elegante
y económico para la Semana Santa?

Pase a la Sastrería LA COLOMBIANA
escoja su corte y saldrá Ud. satisfecho
de su compra.

Cuento además con operarios competentes en el ramo.

FRANCISCO GÓMEZ Z.

Calle del Tranvía. — Frente a la tienda Kepfer.

Lector: Si quiere usted proteger eficazmente al *Repertorio Americano*, suscríbase! Las cuatro entregas mensuales: ₡ 2.00.

El ayuno de Mahama Gandhi

(Londres, diciembre, 1924).

MAHAMA Gandhi acaba de terminar sus veintiún días de ayuno por la unión de los mahometanos y los budhistas de la India. Durante su ayuno los trescientos millones de almas de la India han esperado anhelantes el fin de los días. El apóstol ha salido casi deshecho. Las primeras fotografías que han llegado a Londres nos dan de él una imagen escuálida, claudicante, en la que lo único con vida es el fanatismo de los fieles que le rodean. Ganhi está abatido, el cuerpo laxo, la mirada tirada al suelo. Apenas puede sentarse. Bajo la piel ennegrecida por la debilidad se diseña el esqueleto. Pero de este cuerpo agotado, en ruinas, sin fuerzas para sostenerse, emana un hálito de misticismo, de bondad y de ternura que ha estremecido, por encima de las opiniones políticas, al espíritu inglés.

Sus veintiún días de ayuno no servirán, ciertamente, para que Inglaterra se decida a darle su independencia a la India. Tampoco servirá para que las muchedumbres indias vuelvan a la antigua fe de la resistencia pasiva. La lucha ha creado ya nuevas inquietudes y más enconadas ambiciones en los hombres de Oriente. Lo más posible es que el apóstol no vuelva a conducir las multitudes nacionalistas con el poder absoluto de antes. Una experiencia de varios años les ha probado a los indios que la resignación y la pasividad orientales no bastan contra la fuerza occidental. El doctor Ras, que preconiza métodos de combate en cierto modo occidentales, logra infundir más esperanzas.

Pero sobre todas estas cosas de tácticas y de ventajas políticas la grandeza moral de Gandhi permanece incontaminada. Su doctrina política fracasa precisamente porque no todos los hombres tienen su alma. Tal vez en nuestros países el ejemplo de Gandhi mueva más a risa o a un gesto despectivo que a un instante de meditación. Todavía hay mucha gente que cree más en los cañones y en las fábricas inglesas que en el admirable espíritu de la India. No faltará un doctor para diagnosticar el caso sicopático de Gandhi. Sin embargo, el alma de Gandhi, como lo ha dicho Tagore, es uno de los tesoros más puros de la humanidad. Los doctores que diagnostican las sicopatías son incapaces de sentir, por la independencia de su pueblo, que la muerte no es más que un incidente sin importancia, Gandhi lo ha dicho y lo ha practicado. Los doctores de Occidente, en cambio, aunque estén más arriba de las represalias, nos dan cada día una nota vergonzosa.

El alma de Gandhi vale mucho más. Los trescientos millones de hombres de la India no recuerdan que Gandhi también fué doctor y pasó su juventud especulando con la ciencia jurídica. Lo que les emociona a los trescientos millones de indios es que Gandhi ha vivido treinta años como el más pobre de ellos, que no ha tenido nunca una sola vacilación ni un desmayo ni una mancha en su vida política. Si la lucha por la independencia de la India tiene hoy un aliento de santidad, se debe a la pureza que ha derramado sobre ella el corazón de Gandhi. Y esto vale más que la ciencia.

Por esto la India venera a Gandhi y no venera a los sabios de las Universidades creadas por Ingla-

terra; por esto los mahometanos y los budhistas, a pesar de los siglos, se unen en una sola fe política, y por esto la propia Inglaterra, limpia de miserias morales hasta en sus errores, contempla la figura descarnada de Gandhi con un respeto, con una emoción y con una dignidad que se armonizan noblemente con la grandeza espiritual del apóstol.

CÉSAR FALCON

(*El Sol*, Madrid).

La muerte de Cipriano Castro

Los cables avisaron de la muerte del dictador de Venezuela y mucha gente pensó que por fin había reventado la barriga podrida de Juan Vicente; pero la naturaleza se ha equivocado una vez más y el muerto no es el dictador de hoy sino el de ayer, el tristemente célebre Cipriano Castro. La naturaleza, indiferente como siempre a las aflicciones humanas, se complace en otorgar larga vida a casi todos los tiranos. No sé si Castro tenía ya cien años, Gómez pasa de los sesenta y está todo podrido, pero no acaba de bajar a los infiernos. Estrada Cabrera murió de viejo y sólo porque ya no estorbaba ni oprimía a su pueblo. Le mató la nostalgia del dolor ajeno. La tiranía es una fuente de sangre donde se rejuvenece periódicamente el tirano. Algo hay en el viejo rito de beberse la sangre del adversario. Por lo menos así se sustentan los chacales del pretorianismo latinoamericano.

De todas maneras, la letra de imprenta nos hizo saber que ha muerto Cipriano Castro, el déspota nefando que echó las bases del actual despotismo de Venezuela; el héroe de un día, porque cañoneó barcos europeos que lo apremiaban por deudas. Aun ésta que mereció los honores de la atención continental, fué una actitud falsa, fanfarronesca, minada de inmoralidad y disfrazada de teatralería, estilo Santa Ana. Una farsa que no debiera haber engañado más que a los cretinos y a los moralmente invertidos. Santa Ana, el jugador de gallos, el político sin pudor, el capitán sin decoro, encarnando sin embargo, una y otra vez a la patria, viéndose llamado y aclamado por un populacho que en él saludaba el reflejo de sus más bajas perversiones! ¡Cipriano Castro, jugador de gallos, histrión sanguinario, político felón, proclamándose defensor de la soberanía de un continente, porque se había jugado o se había robado los dineros de una deuda nacional. Defensor Castro de un continente que tiene epopeyas como la de Liniers contra los ingleses en Buenos Aires o como la de Juárez en México! ¡Sin embargo, no faltó quien le aplaudiera por la razón aquella que no hace mucho proclamó cierto sabio de la Universidad, porque Cipriano tenía poder y esto probaba su excelencia, puesto que «el éxito siempre es excelente!» He aquí pintados al caudillo y a su séquito. La estulticia y el servilismo.

Pues lo que sustenta al caudillo no es una energía de que carece, ni un talento que ni él mismo se sospecha, sino la miseria moral y también material, el servilismo de una población degenerada. Dentro y fuera de Venezuela hubo hombres de nuestra raza que aplaudieron a Cipriano Castro; dentro y fuera de Venezuela, quedan todavía gentes que admiran

la gallardía de su gesto; como si los bribones pudieran asumir actitudes heroicas.

Buena prueba de la esterilidad de la tragicomedia de los tiranuelos de nuestra estirpe se encuentra en el resultado negativo de sus arrebatos. El asunto de las reclamaciones contra de Venezuela se arregló mediante la intervención de los Estados Unidos; es decir, por un acto de tutelaje, más humillante, si bien se mira, que el cobro forzado de una trácala pública.

La manía del exhibicionismo llevó a Cipriano hasta Europa. Dejó su encomienda de Caracas—encomienda recibida de las fieras de los bosques del Orinoco—la dejó en manos de su compadre el Bisonte, uno de su camada que era el que más se le parecía. Cipriano en Venezuela, hacía temblar. Cipriano fuera de Venezuela, hacía reír. Era como una especie de Tití verde en actitudes napoleónicas. Así divirtió a París; por todos los lugares de Europa lo seguía la gente como se sigue a un animal de circo. Los reporteros le hacían preguntas para gozar con sus majaderías. Un día llegó a Nueva York y las autoridades lo mandaron expulsar como enemigo del género humano. Otra vez los ingleses lo mandaron sacar de alguna isla de las Antillas donde conspiraba y entonces el César de los Andes se hizo el enfermo y el inválido. Los polizontes lo pusieron sobre un catre y mientras caminaba entre ellos con dirección a los muelles, Cipriano daba gritos fingiendo la agonía.

El dinero robado lo derrochó imbécilmente. Las hijas se le huyeron; los amigos, no los conoció en su vida, ni mereció tenerlos. El compadre Gómez le hacía muecas desde la silla que logró hurtarle. Así acaban las falsas glorias! Su expiación fué larga. Ojalá que sirva de ejemplo. Aunque quizás no hubo expiación en su conciencia invertida; sufriría penas de amor propio quebrantado y el desasosiego del rencor y la codicia, pero no el arrepentimiento del mal. Nosotros al saber de su muerte, no hemos tenido más que este pensamiento: ¿Hasta cuándo se irá también Gómez? ¿por qué se ha consumado una muerte que ya no trae beneficios y en cambio el otro sigue triunfando? ¡Pero no sólo triunfa en el mundo, sino que la misma Iglesia lo acata y le recibe sus Embajadores en el Vaticano!

JOSÉ VASCONCELOS

(La Antorcha, México, D. F.)

**Pase a ver el gran surtido
de
CASIMIRES INGLESES**
de último estilo que acaba de recibir y vende
a precios módicos
la
SASTRERIA AMERICANA
de
JUAN PIEDRA Y HERMANO
Frente al Hotel Francés
LOS TRABAJOS DE ESTA SASTRERIA
SON GARANTIZADOS
LARGA PRÁCTICA EN NUEVA YORK
LADIES AND GENTLEMEN TAILOR
English spoken

El Instituto Internacional en Madrid

Don Leopoldo Lugones es hoy miembro de la Comisión de Cooperación Intelectual de la Sociedad de Naciones. No habrá español que haya leído sus españolísimos versos que no se congratule de ello. El llamamiento reciente que en las columnas de *El Sol* ha hecho a la opinión española es nueva prueba de que, como dicen los ingleses, «la sangre es más espesa que el agua». Don Leopoldo Lugones, recordando que Francia e Italia han creado bajo la égida de la Sociedad de Naciones, sendos institutos de cooperación internacional, recomienda a España que siga el ejemplo y proponga a la Sociedad de Naciones la creación de otro Instituto Internacional en Madrid. (1)

Aunque de acuerdo, por desgracia, con las conclusiones melancólicas del señor Gómez de Baquero, sobre la inoportunidad del momento (¿cuándo no es Pascua, admirado maestro?), quisiera el que esto escribe, apuntar algunas ideas sobre el asunto.

Primero, en cuanto a los institutos ya creados. Atengámonos, para concretar, al de Cooperación Intelectual, creado en París. Es sabido que la Sociedad de Naciones cuenta ya con una Comisión de Cooperación Intelectual, que preside Bergson y cuenta entre sus miembros a Einstein, madama Curie, Lorentz, nuestro Torres Quevedo y el propio Lugones. Esta Comisión ha pasado por tiempos difíciles debido a que una fuerte minoría de delegaciones a las asambleas de la Sociedad de Naciones la consideraba como un lujo inútil. El Gobierno francés, al ofrecer la creación y el sostenimiento de un Instituto Internacional en París, vino a resolver el problema, al menos en su aspecto económico. Verdad es que lo complicó con un problema moral: a saber, la posibilidad de conservar a la obra su carácter internacional puro al trasladar su sede a París. Las garantías dadas y aceptadas a este fin, tienden, sobre todo, a asegurar que la dirección general del Instituto y su personal serán verdaderamente internacionales. El Instituto estará administrado por una Comisión de cinco miembros nombrados por el Consejo de la Sociedad, y el personal de acuerdo entre el Gobierno francés y el secretario general de la Sociedad de Naciones.

Mi observación aquí, se limita a una pregunta: ¿Qué se ha hecho para asegurar que en esta Casa de la Cultura Internacional esté bien representada y defendida la cultura española?

En cuanto a la proposición de Lugones, conviene recordar que el Instituto en que se piensa ha de tener un «objetivo» internacional «universal». Por eso me atrevo a disentir de la opinión expuesta por el Sr. Gómez de Baquero y favorable a un Instituto de Estudios Americanistas. La creación de tal Instituto me parecería excelente; pero... en el ambiente ibero-americano, en casa, no en la plaza universal. En efecto, el interés de estos estudios no es universal sino de modo indirecto y... valga el retruécano, desinteresado. A quien primariamente interesan es al mundo ibero-americano.

Un Instituto de Derecho Marítimo, pese a nuestra tradición catalana, me parecería más indicado en

(1) Véase REPERTORIO AMERICANO, No. 13 del tomo en curso.

Inglaterra. Pero existe en mi opinión un objetivo universal, de primordial importancia para la Sociedad de Naciones y de gran interés para España, y es lo que pudiéramos llamar Instituto de Purificación Histórica.

Trataríase de una institución encargada de estudiar los problemas históricos para permitir situarlos en una perspectiva razonable y evitar su presentación parcial. Problemas como el de la Inquisición, el Descubrimiento de América, el de la Reforma, el de la Política comercial, cuyo estudio documental exige la cooperación internacional en grande y un espíritu sereno y neutral, al ser purificados por la luz de la verdad histórica, quitarían a las generaciones futuras mucho de la estrechez nacionalista que padecen las presentes. Para una obra como la apuntada, España podría ofrecer inmediatamente su apoyo, segura de que pocos son los pueblos del mundo a quienes más aprovecharía un baño de la luz de la verdad.

SANCHO QUIJANO

(*El Sol*, Madrid).

Carta a los intelectuales de Chile

Señores Armando Donoso, Eduardo Barrios,

Hernán Díaz, R. Meza...

Queridos compañeros:

Esto de escribir cartas a una persona o a un grupo de personas es agradable y útil. Hace días el Sr. García Calderón don Ventura, hermano del literato peruano don Francisco, se permitió escribir una larguísima carta a nuestro querido maestro Fitz-Maurice Kelly, el cual por tener el capricho de morir no la pudo gozar; aún, creo que el Sr. Calderón garabateó la tal carta a sabiendas de que el aparato digestivo del maestro inglés ya había dejado de funcionar, y sólo porque el señor Fitz-Maurice Kelly cita en una de las páginas de su Manual el nombre del Sr. Calderón, con un adjetivo. Por dos palabras ha escrito nuestro amigo un artículo larguísimo; nada tiene de raro que yo dedique a Uds. unas cuantas cuartillas, amistosamente, a propósito del célebre manifiesto que Uds. dieron a luz con motivo del golpe de estado del general Altamirano. Después del manifiesto de los intelectuales alemanes durante la guerra estas maneras de expresión se han hecho clásicas en este pequeño mundo en que vivimos. Vamos al hueso de este asunto. Alessandri como hombre justiciero quiso premiar los esfuerzos de quienes se dedican al servicio del país. Yo no discuto si estos servicios han sido buenos o malos para la nación, pero todo trabajo debe ser remunerado. Ahora bien, los militares que nunca han hecho nada por el país si no es comerle gran parte del presupuesto, se indignan ante la posibilidad de que los parlamentarios reciban el humilde salario de dos mil pesos chilenos por mes como recompensa, por dedicar gran parte de sus actividades al servicio del estado. Entre estas dos instituciones no cabe duda que el ejército es mucho menos necesario y por lo tanto sus servicios no deberían ser retribuidos. Decía que cuando Alessandri pensó recompensar a sus diputados y sena-

dores, los señores oficiales creyeron que esto era una forma de estafar a la nación y decidieron oponerse a tal proyecto. Los parlamentarios representan la palabrería y algo de la idea; los militares, la fuerza bruta y la violencia. Los militares pueden hacerse oír en las cámaras, pero esta vez deciden imponerse violentos y armados de todas sus armas (es una figura); unos cuantos oficiales jóvenes asisten a una sesión del congreso para amedrentar con su presencia de cucos a estos niños desordenados. Algunos políticos protestan de esta amenaza y al otro día, reciben los padrinos de estos oficiales, es decir, o deben declarar la acción de los soldados justa y necesaria o deben ofrecerse como apetitosas chuletas al cuchillo tajante de los guerreros del glorioso ejército chileno. Afortunadamente los políticos, hombres cultos y modernos, se negaron a aceptar tan desigual y desafortunado combate. El general Altamirano, jefe de los rebeldes, se apodera del gobierno. Alessandri es obligado a salir del país y se forma un directorio militar. ¿Y la Constitución? Un pedazo de papel que no merece tomarse en cuenta. ¿Es esto revolución? No. Es algo peor, es una traición a un grupo de hombres liberales; aquí no hay dos partidos, dos corrientes ideológicas, dos concepciones diferentes de patriotismo; aquí hay la razón y la fuerza y como siempre, triunfa la última. Lenin, a pesar de todos los crímenes cometidos por su partido, es ante todo un idealista con un sistema definido de reformas; Mussolini es el originador de estos golpes audaces de gobierno que producen una larga era de disturbios e injusticias. Primo de Rivera (lo recuerdo aún paseando por el Retiro con aires de emperador romano) es el antecedente inmediato de nuestro Altamirano.

Esto es en resumen lo que ha sucedido en Chile, y esto ni siquiera es original. Ahora bien, ustedes, amigos míos, intelectuales de avanzada, debieron haber combatido este régimen que viene a destruir los fundamentos de nuestra carta democrática, o por lo menos guardar un silencio decoroso. En cambio, (me da vergüenza decirlo a nuestros hombres de América) ustedes justifican esta violencia y se ponen de parte de los usurpadores. ¡Y qué honra aquella de no haber disparado un tiro en esta revolución pacífica! Ya tienen, amigos míos, al apóstol encaramado en la silla imperial y ya empiezan a cosechar lo que han sembrado. Ugalde ha salido desterrado de su patria por incitar la rebelión entre los soldados. Se establece la censura periodística y los generales del Directorio (¿Hablamos de España o de Chile?) declaran que no tolerarán ningún artículo que vaya en contra de los principios fundamentales de su programa de trabajo. Supongo que a esta hora todos los oficiales del ejército se habrán aumentado el sueldo, etc. etc. Usted, Barrios, que conoce tan bien a Martí, sabe lo que significa la libertad total para los hombres libres de nuestro continente. Usted, Donoso, debe de conocer aquel célebre artículo de Bolívar en que presiente que el futuro de los países americanos es el de convertirse en insignificantes autocracias a causa de su mulatez, de su ignorancia, de su pereza. Si Bolívar, que ha sido el único hombre americano capaz de ser emperador y todo lo demás, viese hoy a su país en manos de un carnicero, al Perú bajo la pata de Leguía, a Chile en manos de dictadores, acaso renegaría una vez más de su obra inoportuna. Yo no quiero creer

que ustedes al escribir el manifiesto hayan pensado en aquellas palabras de uno de nuestros clásicos: con la inquisición, chitón. Tenemos demasiados ejemplos de hombría en nuestra historia épica; no hay más que imitar a Sarmiento, a Montalvo, a Martí, a Unamuno para cumplir con nuestro deber. ¿Acaso no pensaron ustedes, queridos amigos, lo que sentirían los avanzados nuestros al leer esta justificación de un hecho que no la tiene? Yo me imagino que Ingenieros, Vasconcelos, Blanco Fombona, Ugarte y tantos otros habrán tenido una sonrisa de supremo desaliento al leer estas páginas. Porque ya formamos legión los que creemos que nuestra América debe ser una y democrática (o socialista) y cualquier atentado en contra de nuestras instituciones republicanas es un paso hacia atrás en nuestro sano americanismo. Leguía en el Norte y Altamirano en el Sur asumen el mando y la responsabilidad; mañana, siempre en busca de gloria personal, pueden arrojarnos en una guerra fratricida que vendría a destruir hasta la idea de unión continental. Ahora, amigos intelectuales, aquí va mi pensamiento desnudo: Yo creo que debemos hacer todo lo posible por unir nuestros países americanos por la razón y sólo en caso de que esto sea imposible, por la invasión. Debemos formar la República Federada Hispano-Americana o perecer. Por esto pueden ver ustedes, compañeros, que no soy un pacifista absoluto; yo justifico las revoluciones y una guerra unionista en nuestro continente sería sólo una guerra civil. Pero no creo que estos militares de la hora actual son los capaces de hacer tan magna obra.

Si después de 50 o 100 años de vanos esfuerzos en pro de la unión encontramos que por las ambiciones locales es imposible hacerla, no sería pecado que Chile se apoderase de todos los países del Pacífico y Argentina de los del Atlántico para formar la unión por fuerza. En el Norte, México y América Central unidos formarían el tercer bloque de la gran Confederación Colombina. Yo justifico la violencia en este caso extremo por razones raciales superiores. Unidos habríamos sido capaces de hacer el Canal de Panamá, y el peligro yanqui desaparecería con la formación de una gran República hispanoamericana. No necesito decir a ustedes que todos somos iguales en nuestro continente. Si mañana los argentinos nos imponen la Federación, yo aceptaría gustoso un gobernador peruano o colombiano en mi país. Pero no, todo esto es utopía; yo soy un traidor a Chile hablando de este modo; es mejor dividirse, atormentarse con luchas entre hermanos, cultivar el odio interamericano, y luego ir a entregarnos como grandes corderos a los Estados Unidos. Si un ciudadano del Ecuador tratase de hacerse Presidente del Perú, causaría una revolución, pero si las aduanas de este país caen en manos de los capitalistas yanquis, nadie dice una palabra al respecto. Chile y la Argentina son los únicos países que están libres de la influencia yanqui. ¿Podremos decir otra vez estas palabras cuando el General Altamirano deje el mando? Todos sabemos lo que Gómez ha hecho en Venezuela para enriquecerse: gran parte del país pertenece ya a los yanquis.

Ustedes, amigos, han tenido la buena intención

de justificar un Gobierno que prometía terminar con el prostituido régimen parlamentario chileno. Por la buena intención mis felicitaciones. Pero ustedes han cometido una gran imprudencia al permitir que la Constitución sea considerada tabla rasa y al aplaudir la acción de un grupo de hombres audaces y sin la necesaria preparación para las difíciles tareas gubernamentales. Ya he dicho en artículo anterior, que el problema de Chile es de índole económica y nada más. En nuestra sociedad capitalista nada más lógico que la solución del problema fuera resuelta por un comité de banqueros. Todos conocemos la preparación de nuestros militares y por lo tanto nada debemos esperar de ellos. Días trágicos se anuncian para nuestro país. Los responsables de la catástrofe serán los que la provocaron. Nada me importa la justicia del momento, pero lo grave es que ustedes, lo mejor que tiene Chile en la hora presente, serán duramente juzgados por la historia de nuestro Continente.

Yo, que desde Chile me habría opuesto categóricamente a la publicación de este manifiesto, desde tierras extrañas lo desautorizo por irreflexivo e inútil.

Siento por todos Uds., queridos compañeros, una admiración grande, en literatura. Sé que Uds. son lo mejor del país y forman, dentro de la literatura de América, un núcleo compacto y superior. Estas palabras mías, que no son de literato, sino de hombre anheloso e inquieto, sirvan al mismo tiempo como una humilde invitación para discutir este problema de Chile, tan importante, no sólo para nosotros, sino para todos los países de habla española.

Con sentimientos de fina amistad, soy de Uds. humilde servidor,

ARTURO TORRES RIOSECO

Minneapolis, Minn. U. S. A., Enero, 1925.

**¿Quiere Ud. vestirse con elegancia
y economía a la vez?**

Lleve un corte y \$50.00, y con prontitud y esmero
le harán el vestido que Ud. necesita
en la

Sastrería de P. García Monge,

75 varas al Sur de la Imprenta Alsina

ESTUDIOS EN LONDRES
Y LARGA EXPERIENCIA

LADIES AND GENTLEMEN TAILOR

ENGLISH SPOKEN

Dr. ALEJANDRO MONTERO S.

MEDICO CIRUJANO

TELÉFONO 899 — Horas de consulta: de 2 a 5 p. m.

Despacho: 50 varas al Norte del Banco Internacional.